

# GORBACHOV, LA PERESTROIKA Y LOS CAMBIOS EN EUROPA DEL ESTE<sup>1</sup>

---

IGNACIO WALKER P.\*

Nadie podría haber imaginado, en la primera mitad de la década de 1980, los profundos cambios que se sucederían, de manera vertiginosa, en la URSS y Europa del Este. Por el contrario, había razones más que suficientes para ser escépticos frente a la posibilidad de una auténtica democratización en ambos lugares. En efecto, en 1979 había tenido lugar la invasión soviética a Afganistán y en 1981 el régimen comunista del General Jaruzelski había impuesto la Ley Marcial en Polonia. Konstantin Chernenko había sucedido a Andropov en la URSS y en Europa del Este aún campeaban los viejos dirigentes de la era estalinista: Todor Shivkov en Bulgaria, Gustav Husak en Checoslovaquia, Janos Kadar en Hungría, Erich Honecker en la República Democrática Alemana (RDA), Nicolae Ceausescu en Rumania y, más recientemente, Wojciech Jaruzelski en Polonia, mientras que Yugoslavia aún tenía problemas en dar con una solución definitiva al problema de la sucesión del Mariscal Tito.

Al momento de escribir estas líneas ya nada queda de lo anterior: los soviéticos se retiraron de Afganistán en febrero de 1989; un católico polaco del movimiento Solidaridad, de profesión periodista y de nombre Tadeusz Mazowiecki, asumía como primer ministro de Polonia el 24 de agosto de 1989, mientras que en diciembre de 1990 Lech Walesa era elegido Presidente de la República; Nicolae Ceausescu fue derrocado en Rumania y luego fusilado en la navidad de 1989; Erich Honecker fue depuesto en la RDA y luego arrestado; Janos Kadar fue removido del liderazgo partidario en Hungría el 22 de mayo de 1988; Gustav Husak hubo de dimitir como líder del partido el 17 de diciembre de 1987 y como Jefe de Estado

---

<sup>1</sup> Este artículo está basado en la parte final de mi libro *Socialismo y Democracia: Chile y Europa en Perspectiva Comparada* (Hachette-Cieplán, Santiago, 1990), el que ha sido ampliado, profundizado y puesto al día a partir de los nuevos acontecimientos en la URSS y Europa del Este, en 1990-1991. Agradezco especialmente los comentarios del Excmo. Sr. Embajador de la URSS en Chile, Yuri Pavlov, a un primer borrador, y la colaboración de Luis Sandoval, alumno del Magíster en Ciencia Política, Instituto de Ciencia Política de la UC.

\* Abogado, Ph. D. en Ciencia Política, Princeton University; ha impartido cursos de Política Latinoamericana en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Actualmente se desempeña en el Ministerio Secretaría General de la Presidencia.

de Checoslovaquia el 19 de diciembre de 1989; Todor Shivkov renunció al poder en Bulgaria el 10 de noviembre de 1989; finalmente, tras el fallecimiento de Konstantin Chernenko, Mijail Gorbachov asumió como nuevo líder de la URSS, el 11 de marzo de 1985.

¿Qué ha ocurrido en estos países que en tan breve lapso han evolucionado desde formas más o menos atenuadas de estalinismo hacia formas crecientes de democratización?

### *Antecedentes históricos del actual proceso de democratización*

A decir verdad, los orígenes del actual proceso de democratización se remontan al menos a la década de 1950, con los primeros signos de descomposición en el campo del "socialismo real". Uno de los hechos más significativos de la década fue la celebración del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), 1956.<sup>2</sup> En dicho congreso Nikita Kruschov denunció el Culto a la Personalidad y los crímenes cometidos bajo la era de Stalin (fallecido en 1953). Junto con los inicios de la desestalinización en la URSS, el mismo Kruschov reconoció la posibilidad de diversas vías nacionales en el proceso revolucionario conducente a la sociedad socialista, incluyendo la opción de un tránsito pacífico. Finalmente el líder soviético intentó llevar a cabo un primer proceso de liberación económica encaminado a incrementar los niveles de consumo del pueblo soviético, aunque con escaso éxito.

Otro signo de descomposición en el mundo del "socialismo real", en la década de 1950, estuvo constituido por la represión de los primeros movimientos democratizadores en Europa del Este. Ello demostraba, asimismo, que la desestalinización emprendida en la URSS no implicaba para ésta la pérdida de su posición hegemónica en el mundo, en plena época de Guerra Fría. La violenta represión de las protestas obreras en la RDA, en 1953, y del intento democratizador encabezado por Imre Nagy, en Hungría, en 1956, fueron una demostración de este fenómeno. Finalmente, la suerte de Europa y su subordinación al poderío político-militar de la URSS quedó sellada con la construcción del Muro de Berlín, en 1961.

A pesar del clima de distensión propio de la nueva fase de coexistencia pacífica a nivel mundial, la década de 1960 no fue mejor para los intentos de democratización ya insinuados en los años anteriores. En esta nueva etapa las críticas comenzaron a surgir desde dentro y fuera del mundo comunista. Desde dentro, puede

---

<sup>2</sup> Ver, sobre el particular, Nikita Kruschov, "The Crimes of the Stalin Era; Special Report to the 20th. Congress of the Communist Party of the Soviet Union", en *The New Leader* (1962).

El documento contiene una severa crítica al "culto a la personalidad" impuesto por Stalin, a costa del liderazgo colectivo instituido por Lenin, junto con denunciar los crímenes cometidos por aquél.

mencionarse el famoso Memorándum de Yalta (1964), escrito por Palmiro Togliatti, líder del Partido Comunista Italiano (PCI), en el que denunciaba las inaceptables limitaciones a las libertades democráticas que aún subsistían en la URSS, herencia de la era estalinista. Desde fuera, las denuncias de Alexander Soljenitsyn sobre la era estalinista, simbolizadas en el Gulag, remecieron la conciencia moral de Occidente —aunque en muchos casos la izquierda occidental desatendió las denuncias del disidente soviético, descalificándolo de múltiples maneras.

Un año clave, en este sentido, fue 1968: no sólo reforzó las denuncias de Soljenitsyn, sino que dejó en claro que en la nueva era iniciada por Leonid Breznev, en la URSS, no existía la menor intención de aflojar los lazos de dependencia de los países comunistas de Europa del Este en relación al predominio soviético. La doctrina Breznev, referida a la “soberanía limitada” de los países de la órbita comunista, miembros del Pacto de Varsovia, quedó corroborada con el violento aplastamiento, en ese año de 1968, de la Primavera de Praga en Checoslovaquia: un intento encabezado por Alexander Dubcek, por construir un socialismo “con rostro humano”. Nagy en Hungría y Dubcek en Checoslovaquia aparecerían ante la historia como verdaderos precursores del actual proceso democratizador en Europa del Este. Sin embargo, sólo el segundo viviría para presenciarlo (y tomar parte activa en él), pues el primero fue fusilado.

De principio a fin, la década de 1970 marcó un nuevo retroceso en la historia del socialismo democrático contemporáneo. A comienzos de la década, en Chile, una dictadura militar encabezada por el General Pinochet terminó con la Vía Chilena al Socialismo impulsada por Salvador Allende. A fines de la década, una dictadura militar encabezada por el General Jaruzelski, en Polonia, terminó con los intentos democratizadores empujados por el movimiento obrero Solidaridad. Ambos procesos, en su momento, concitaron la atención del mundo.

A mediados de la década de 1970, sin embargo, el movimiento en torno al eurocomunismo —básicamente referido a nuestro juicio al PCI en Italia, bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer— había constituido un nuevo paso en torno a la definición de un socialismo democrático propiamente tal. Dicho movimiento, nacido y desarrollado en el seno del comunismo europeo, dio cuenta de una actitud crítica y de denuncia ante los rasgos autoritarios aún presentes en los regímenes comunistas de la URSS y Europa del Este; ello, junto con afirmar el valor de la democracia política, pluralista y representativa.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Tal vez el eurocomunismo fue el primer intento sistemático desde la izquierda comunista occidental, por mostrar las contradicciones del “socialismo real” y la enorme brecha existente entre éste y el socialismo

Sin embargo, el trágico desenlace de los acontecimientos en Polonia, con la imposición de la ley marcial en 1981, demostraría ser a la postre sólo una interrupción en un proceso de democratización de largo aliento que había adquirido sólidas raíces en Polonia y cuyos efectos se extenderían más allá de sus fronteras. En el caso polaco, dos hombres deben sumarse a los que ya hemos mencionado: el primero, un joven electricista desempleado llamado Lech Walesa, quien logró, junto con los obreros de los astilleros Lenin, en la ciudad Gdansk, desafiar el régimen comunista de Jaruzelski en 1979; el segundo, un obispo católico de nombre Karol Wojtyla, quien, en la segunda mitad de la década de 1970, pasó a ser el Papa Juan Pablo II, convirtiéndose en el líder de la Iglesia Católica. Ambos, en un país mayoritariamente católico, y cada uno a su manera, habrían de contribuir positivamente al proceso de democratización actualmente en marcha en los países comunistas de Europa del Este.

Fue en la década de 1980 cuando la historia que hemos reseñado desembocó finalmente en el proceso de democratización actualmente en marcha, tanto en la URSS como en Europa del Este. En este último caso, el personaje central de nuestra historia —“Hombre de la Década” según la revista Time— fue nada menos que el sucesor de Chernenko en la URSS, Mijail Gorbachov. Este último asumió como nuevo líder de la Unión Soviética en marzo de 1985 y, al año siguiente, el 25 de febrero de 1986, en el XXVII Congreso del PCUS, dio a conocer los contenidos básicos de su programa de Perestroika, dando impulso al proceso de democratización que también se extendería a los países de Europa del Este. Dicho concepto, junto al de glasnost, revolucionarían el mundo comunista, ante el asombro de Occidente.

El proceso iniciado por Imre Nagy (1956) —hoy rehabilitado en Hungría— y Alexander Dubcek (1968) —igualmente rehabilitado en Checoslovaquia—, más tarde impulsado por los acontecimientos en Polonia (1979-1981) y finalmente gatillado por el propio Mijail Gorbachov desde la URSS, alcanzó su momento culminante con las grandes transformaciones en Europa del Este, en 1989. Paradójicamente, dicho año coincidió con la celebración de los 200 años de la Revolución Francesa. Los valores asociados a esta última (“libertad, igualdad y fraternidad”) alcanzaron, en el año del bicentenario, una resonancia mayor en los países de Europa del Este.

El proceso de democratización ha sido desigual en los distintos países, pero con un desenlace final común a casi todos ellos. Tardó diez años en madurar en Polonia (1979-1989), mientras que bastaron sólo diez días en Rumania (17 al 27 de diciembre de 1989).

---

democrático occidental. Sobre el particular ver Donald Sassoon, *The Strategy of the Italian Communist Party* (N. York, St. Martin's Press, 1981) y Giorgio Amendola, “The Italian Road to Socialism” (*New Left Review*, 106, noviembre-diciembre de 1977).

Unos más rápido (Polonia, Hungría, Checoslovaquia y la RDA) y otros más lento (Bulgaria, Rumania y Yugoslavia), el conjunto de los países de Europa del Este transitan desde un tipo de régimen basado en el monopolio del poder político detentado por el partido único hacia una democracia pluralista y desde una economía estatal, altamente centralizada, hacia una economía de mercado. En el último tiempo, incluso Albania ha dado señales de querer sumarse a este proceso democratizador.

¿Cuáles pueden señalarse como los efectos más visibles de este proceso en cadena, desatado a partir de Gorbachov, la Perestroika y la crisis del "socialismo real"?

En primer lugar, el proceso pareciera dar cuenta de la crisis terminal del estalinismo y de su sustrato ideológico, el marxismo-leninismo, y de un cuestionamiento de la matriz leninista del Comunismo del Este (basada en la idea del partido único al interior de la llamada dictadura del proletariado), así como del desmoronamiento de la concreción histórica de ambos modelos, el "socialismo real".

Desde el punto de vista de la ciencia política, el proceso anterior también constituye un serio cuestionamiento de ciertas teorías que, hasta hace poco tiempo, aparecían provistas de cierta validez. Tal es el caso, especialmente, de aquella distinción bastante tajante entre autoritarismo y totalitarismo. Supuestamente, la diferencia principal entre ambos estaría dada por el carácter irreversible de este último: a diferencia de los regímenes totalitarios, generalmente referidos al mundo del "socialismo real", los meramente autoritarios serían reversibles —como en los casos de España y Portugal, bajo Franco y Salazar, Filipinas y Corea del Sur, y los países del Cono Sur de América Latina, entre otros casos comúnmente citados.<sup>4</sup>

Los acontecimientos recientes en la URSS y Europa del Este, sin embargo, demuestran que es falso este atributo de irreversibilidad referido a regímenes totalitarios supuestamente diferentes de los meramente autoritarios: sólo cabría hablar, en este sentido, de dictaduras y democracias. No pareciera haber procesos irreversibles en política —ni siquiera los procesos de democratización actualmente en marcha en la URSS y Europa del Este.

En segundo lugar, los acontecimientos recientes en la URSS y en Europa del Este parecieran haber enterrado definitivamente la

<sup>4</sup> Un típico ejemplo de esta posición es el artículo de Jeanne Kirkpatrick, "Dictatorships and Double Standards", en *Commentary*, (V. 68, N° 5, noviembre de 1979). Sostiene la Kirkpatrick, en este artículo escrito en 1979, cuando los Estados Unidos enfrentaban, bajo la administración Carter, la pérdida de dos "amigos" (el Shah de Irán y Somoza en Nicaragua), que, a diferencia de los autoritarismos de derecha, en que sí es posible una apertura liberadora o democratizadora, la historia del siglo XX demuestra que los regímenes comunistas son irreversibles.

llamada Doctrina Breznev, referida a la "soberanía limitada" de los países comunistas de la órbita soviética. A diferencia de los eventos de Hungría en 1956, y de Checoslovaquia en 1968, Gorbachov no sólo ha permitido la auto-determinación de los pueblos en Europa del Este —corolario lógico del fin de la Doctrina Breznev— sino que ha impulsado dichos procesos, sin perjuicio de colocar en cada momento una nota de cautela a fin de no afectar la viabilidad misma del actual proceso de democratización.

Hacia adelante, el tema de la "soberanía limitada" pareciera más bien trasladarse hacia el interior de la URSS. Los brotes autonomistas en diversas repúblicas, junto con los problemas económicos y de consolidación de Gorbachov dentro del PCUS, tal vez constituyen los más serios obstáculos que el líder soviético debe enfrentar en sus intentos por llevar adelante la Perestroika. Por ahora, Gorbachov ha sido categórico en señalar que los límites de la URSS no están en discusión.

Finalmente (lo que cobra especial importancia desde el punto de vista de la relación entre socialismo y democracia, el proceso descrito da cuenta, básicamente, de una renuncia al monopolio del poder político por parte de los partidos comunistas de la URSS y Europa del Este, y de una creciente evolución en la dirección del establecimiento del pluralismo político y la economía de mercado.

### *Perestroika: posibilidades y límites.*

Tal vez el punto de partida de este proceso más reciente de democratización pueda encontrarse en la propia Perestroika y los cambios ocurridos en la URSS, los que han facilitado las transformaciones que han tenido lugar en Europa del Este. En efecto, según Gorbachov, "la esencia de la Perestroika se encuentra en el hecho de que une socialismo con democracia".<sup>5</sup> En este sentido, puede decirse que Perestroika no sólo significa reestructuración sino también democratización. "Más socialismo y más democracia" —eso es, según Gorbachov, lo que se pretende con este nuevo programa—. En ese contexto, pues, deberían entenderse los cambios recientes en la URSS.

Sin embargo, el proceso actualmente en marcha, y las referencias contenidas en la Perestroika al tema de la relación entre socialismo y democracia, sugieren algunas interrogantes que es necesario dejar planteadas a fin de mostrar la complejidad de dicho proceso.

La primera interrogante se refiere al tipo de revolución actualmente en marcha en la URSS. Se trataría, según el propio Gorbachov, de una revolución "desde arriba": "el esfuerzo de reestructuración —dice el líder soviético— comenzó con el partido y sus

<sup>5</sup> Mijail Gorvachov, *Perestroika* (Emecé Editores, Buenos Aires, 1987) 37.

líderes. Comenzamos por la punta de la pirámide y bajamos hasta la base".<sup>6</sup> Lo anterior plantea para el liderazgo comunista soviético el desafío de lograr que el proceso encuentre apoyo en la base. Gorbachov es enfático en declarar que "el pueblo soviético ha comprendido y aceptado esta política"; pero, ¿qué tipo de evidencia existe el respecto? De hecho, encuestas de opinión de noviembre de 1990, realizadas por el Instituto Nacional de Opinión Pública, señalan que la popularidad de Gorbachov habría descendido a un 21% desde un 52% en diciembre de 1989. En síntesis, una de las primeras interrogantes que sugiere el programa de Perestroika en cuanto intento de democratización del sistema político soviético es hasta qué punto un proceso diseñado e implementado "desde arriba" puede llegar a arraigarse en la sociedad.

Esto cobra especial importancia en un país como la URSS en relación a la existencia de una cultura política autoritaria que se remonta varios siglos atrás. No hay que olvidar que más que una nación la URSS es un conglomerado de naciones cuya unidad se ha mantenido por más de cuatrocientos años merced al poder central fuerte y opresor mantenido por Rusia, una de las quince repúblicas que componen la federación. A partir de la Revolución Bolchevique, esta cultura autoritaria fue reforzada por una verdadera militarización de la política soviética.<sup>7</sup>

Adicionalmente, tampoco está claro que el hecho de haber comenzado esta revolución por la "punta de la pirámide", presente ventajas, dados los cambios que se suceden cada vez con mayor frecuencia en la cúspide de la jerarquía partidaria. A la ya establecida rivalidad de Boris Yeltsin, Presidente de la Federación Rusa, debe agregarse que, figuras inicialmente vinculadas a la Perestroika tales como Shevardnadze, Yakovlev y Shatalin, ya no ejercen cargos de dirección en la URSS. Lo anterior, mientras Gorbachov se rodea cada vez más de funcionarios del viejo aparato.

En segundo lugar, otra interrogante que surge en torno al programa de la Perestroika es hasta qué punto el marco ideológico invocado por el propio Gorbachov para justificar dicho programa (el leninismo, al que el líder soviético no ha renunciado) no se convierte también en un elemento aparentemente contradictorio con el intento declarado de democratizar el sistema político soviético.

Por un lado, sabemos que en la concepción leninista la democracia no es más que una fase en el proceso de construcción de la sociedad socialista, la que, en definitiva, debe ser superada.<sup>8</sup> Lenin tenía respecto de la democracia una actitud semejante a la de Marx

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 61.

<sup>7</sup> Sobre el particular, ver Ignacio Walker, "Algunos antecedentes sobre la militarización del sistema político soviético", en *Revista de Ciencia Política* (7, 2 diciembre de 1985).

<sup>8</sup> Sobre las tensiones entre leninismo y democracia, ver Tomás Moulián, *Socialismo y Democracia* (Flacso, Santiago, 1987).

por el capitalismo: la certeza de que constituían un progreso pero, junto con ello, la noción de que, producto de sus contradicciones internas —básicamente contradicciones de clase—, tenderían a ser superadas históricamente en el proceso de construcción del socialismo y hacia la etapa del comunismo (sociedad sin clases). Puede decirse que Lenin y Marx fueron grandes admiradores de la democracia y el capitalismo, respectivamente, aunque para postular que ambos habrían de ser superados históricamente.

Por otro lado, Gorbachov se refiere a Lenin como “fuente ideológica” de la Perestroika, tomando en cuenta la obra del líder bolchevique escrita en los *últimos años de su vida*. En ella, pues, deberíamos encontrar la justificación ideológica de la Perestroika.

Sabemos que el Lenin de los últimos años hizo serias advertencias sobre el peligro que representaba para el partido, en cuanto órgano de dirección colectiva, la presencia y las ambiciones personales de Stalin, quien ya se insinuaba como uno de los posibles sucesores del principal artífice de la revolución. También sabemos que el Lenin de los últimos años se mostró extraordinariamente preocupado por el manejo (y crecimiento desmedido) del aparato estatal y que se mostró partidario de formas cooperativas de organización, entre otros aspectos. Pero no es a ello a lo que se refiere Gorbachov, sino al impulso que Lenin le diera al proceso económico a través de la Nueva Política Económica (NEP) lanzada en el X Congreso del PCUS, en 1921. Dicha política incorporó relaciones de mercado, especialmente en ciertas áreas, lo que se tradujo en un nuevo dinamismo de la economía soviética a lo largo de los años veinte. Pero —y de allí la interrogante planteada— sabemos que para Lenin la NEP tenía un alcance meramente *táctico*. Superada la etapa crítica de la guerra civil y el Comunismo de Guerra (1918-1921), había que descomprimir las demandas y activar el proceso de producción, para lo cual se incorporaron relaciones de mercado en la economía soviética. Así, precisamente en uno de los escritos de Lenin en los últimos años de su vida, titulado “Sobre la Cooperación” (Enero de 1923), el líder bolchevique se refería a la NEP como una “concesión al campesinado”,<sup>9</sup> la que se hacía necesaria ante la situación descrita.

¿Significa lo anterior que la Perestroika tiene sólo un alcance táctico a fin de enfrentar la situación de deterioro económico y de rezago productivo y tecnológico por el que atraviesa la URSS? Nos atrevemos, desde ya, a sugerir una respuesta negativa a la pregunta anterior y proponer como hipótesis que la Perestroika tiene, al me-

<sup>9</sup> Es interesante constatar que, junto con la referencia a la NEP, Gorbachov también hace referencia al famoso tratado de Brest-Litovsk, celebrado en 1918 entre la URSS y las potencias de la Alianza Cuatripartita (Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria), el que justamente fue concebido por el líder bolchevique como una “concesión táctica” al enemigo a fin de consolidar la revolución.

nos, un alcance estratégico; es decir, —tomando la expresión de Togliatti— para “todo un período de la historia”. La interrogante, sin embargo, permanece abierta.

Pero, en tercer y último lugar, la interrogante más de fondo a nuestro juicio es la que se refiere al programa de la Perestroika y las relaciones entre socialismo y democracia a partir de la noción misma de democracia desarrollada por Gorbachov. Sabemos que la democratización es uno de los aspectos de la reestructuración actualmente en marcha. Pero, ¿de qué democratización se trata? Ya hemos visto que se trata de un proceso “desde arriba”, lo que plantea una primera interrogante; enseguida, hemos visto que se trata de un proceso al interior del leninismo, lo que plantea una segunda interrogante. Pues bien, esta tercera interrogante surge a partir de la misma manera en que Gorbachov plantea el desafío de la democratización.

Por un lado, el líder soviético señala “queremos más socialismo y, por lo tanto, más democracia”.<sup>10</sup> Esta expresión nos acerca a aquella concepción según la cual todo socialismo sería, por definición, democrático. Pero, sabemos que todo el proceso detrás de los cambios recientes en la URSS y Europa del Este demuestra la falacia de este aserto y el reconocimiento —tácito al menos— de que hay socialismos democráticos y no-democráticos (o autoritarios). Nuestra interrogante y preocupación se ve confirmada por una segunda afirmación del líder soviético, según la cual de lo que se trata es de desarrollar “formas democráticas *intrínsecas* al socialismo”.<sup>11</sup> Pero, ¿qué significa formas “intrínsecas” al socialismo? Significa al menos una cosa: que el líder soviético reconoce la existencia de formas “extrínsecas” al socialismo, las que quedarían descartadas. Estas últimas, según es posible deducir, serían las formas de la democracia llamada “formal” o “burguesa”: sufragio universal, elecciones libres y competitivas, pluralismo político, alternancia en el poder, estado de derecho, gobierno de mayoría y respeto por los derechos de las minorías, vigencia de los derechos humanos, entre otras características comúnmente asociadas a la democracia de tipo occidental. Y es aquí donde encuentra su fundamento esta tercera interrogante; ello, por cuanto lo característico del socialismo democrático occidental es justamente haber adoptado como propias las formas de la democracia política, pluralista y representativa.<sup>12</sup>

Si Gorbachov excluye estas formas, que serían supuestamente “extrínsecas” al socialismo, ¿a qué formas entonces (“intrínsecas” al socialismo) se está refiriendo?

Nos atrevemos a sugerir que la respuesta a esta interrogante,

<sup>10</sup> Gorbachov, *Perestroika*, op. cit., 39.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, 33.

<sup>12</sup> Sobre el particular, ver Ignacio Walker, *Socialismo y Democracia*, op. cit., capítulos 1, 2 y 3.

así como a las anteriores, sólo será posible de encontrar en el desarrollo mismo de los acontecimientos; en la práctica concreta del proceso de democratización actualmente en marcha. En este sentido, y a la luz de dicho proceso, hay motivo para ser optimistas.

### *Los cambios en la URSS.*

En efecto, una somera mirada al curso de los acontecimientos desde que Gorbachov asumiera el liderazgo de la URSS, en 1985, muestra cómo dicho proceso se encamina en la dirección del pluralismo político. Así, en marzo de 1989 se celebraron las primeras elecciones semicompetitivas y pluripersonales en todo lo que va corrido desde 1917. En esa oportunidad se eligieron 2.250 representantes ante el Congreso de los Diputados del Pueblo. Aunque un tercio de ellos (750) estaban reservados al PCUS, 2.185 candidatos postularon a los 1.500 escaños restantes. Todo ello, sin embargo, dentro de los límites de un proceso controlado desde arriba: de esta manera, el 85% de los candidatos eran del PCUS —sin embargo, el 20% de éstos fueron derrotados— y en el 25% de los distritos hubo un solo candidato, generalmente del mismo PCUS. El paso, sin embargo, fue importante, pues permitió la incorporación de disidentes de nota como Andrei Sajarov (posteriormente fallecido) y del dirigente opositor Boris Yeltsin (más tarde elegido Presidente de la Federación Rusa).

En los meses siguientes el proceso adquirió un nuevo dinamismo. No sólo se sucedieron, uno tras otro, los cambios en Europa del Este —muchos de ellos impulsados por el propio Gorbachov— sino que en la URSS el panorama se fue aclarando. Tal vez uno de los hechos más dignos de destacar sea el viraje desde el punto de vista de la titularidad del poder político. Así, mientras el 12 de diciembre de 1989 el Congreso de los Diputados del Pueblo desechaba la idea de revisar el papel hegemónico del PCUS —con 1.300 votos a favor, 839 en contra y 56 abstenciones—, en un vuelco inesperado, el 7 de febrero de 1990, el Comité Central del PCUS aprobó el proyecto presentado por Gorbachov que pone fin al monopolio del poder político por parte del partido y que instituye el pluralismo político. Esta resolución fue confirmada por el Congreso de los Diputados del Pueblo, por 1.771 votos a favor y 164 en contra, el 13 de marzo de 1990.

A partir de estas definiciones la URSS entró en una nueva fase de desarrollo político con niveles crecientes de competitividad y liberalización. Así, Boris Yeltsin, el principal crítico de Gorbachov, exponente de una posición radical que señala la necesidad de imprimir un mayor dinamismo en los planes de liberalización política y económica, fue elegido Presidente de la Federación Rusa, en marzo de 1990. En el mismo mes el Parlamento soviético aprobó preliminarmente el establecimiento del multipartidismo y la libertad

de culto y en junio aprobó la libertad de prensa, eliminando la censura. En el mes de agosto de 1990 el Parlamento de la República de Georgia estableció definitivamente el sistema multipartidista, lo que significó en el mes de noviembre, el triunfo de la oposición nacionalista y anticomunista, mientras que el Partido Comunista obtuvo un escaso 29% de la votación. De manera similar a lo ocurrido en Georgia, en la Federación Rusa surgió una oposición organizada. El 21 de octubre de 1990 2.000 representantes de partidos y grupos de oposición a Gorbachov crean el movimiento "Rusia Democrática", constituyéndose en la segunda fuerza política de esta República.

Aunque la URSS está aún lejos de avanzar hacia el pleno establecimiento del pluralismo político, es un hecho que el PCUS ha perdido el monopolio del poder político y que, en forma gradual, se van introduciendo importantes medidas de liberalización.<sup>13</sup>

Algo similar, aunque lleno de dificultades, está ocurriendo en el campo económico, con las primeras medidas de liberalización encaminadas al establecimiento de una economía de mercado.

Las dificultades dicen relación con la obsoleta estructura de la economía soviética, excesivamente centralizada, burocratizada y cerrada, y el enorme rezago productivo y tecnológico que aparece como la principal herencia de la Era Breznev. Adicionalmente, los intentos de liberalización económica no encuentran un terreno fértil para desarrollarse, en un país que carece por completo de una experiencia a este respecto.

Gorbachov ha introducido un criterio de gradualidad ("paso a paso", ha dicho), hacia el establecimiento de una economía de mercado, recibiendo las presiones tanto de los sectores más radicales (Yeltsin, Shatalin) como de los conservadores (Ligachev), encontrando serias resistencias en la propia opinión pública. Esta última comienza a identificar los planes de reforma económica con la inflación y el desempleo, todo lo cual contribuye a erosionar significativamente la popularidad de Gorbachov.

El 12 de junio de 1990 el Parlamento soviético aprobó los planes para avanzar hacia el establecimiento de una economía de mercado, dando un plazo hasta septiembre del mismo año para que Ryzhkov, el Primer Ministro de ese entonces, presentara un plan detallado al respecto. Mientras que Gorbachov dibujaba un sombrío panorama de la economía soviética, Yeltsin tomaba la iniciativa en una dirección aún más radical. Así, el 20 de julio de 1990 el dirigente ruso daba a conocer un plan de "500 días" tendiente a la privatización de la economía y al establecimiento de una economía de

---

<sup>13</sup> Tal vez sea ésta la mayor ruptura con el legado de Lenin. Este último puso fin al debate al interior del PCUS en el X Congreso del mismo, en 1921. El "centralismo democrático" no pasó de ser una manera de poner fin al incipiente pluralismo que se había desarrollado entre los bolcheviques.

mercado, la que debería estar plenamente vigente hacia fines de 1992.

Junto con la resistencia de la opinión pública, Gorbachov debe soportar un fuego cruzado de los sectores radicales y conservadores, los que critican sus planes de reforma, los primeros por considerarlos lentos e insuficientes, y los segundos demasiado profundos y vertiginosos. Así, en agosto de 1990 concurre a firmar, junto a Yeltsin, un plan conjunto de reformas económicas en la dirección de liberalización que hemos señalado, a fin de demostrar su voluntad en ese sentido y reducir los niveles de incertidumbre y competitividad. En septiembre presenta al Parlamento y las 15 Repúblicas un plan para establecer una economía de mercado. No obstante, esto le significará las críticas de Ligachev y el ala más conservadora del PCUS; es así como, ante el pleno del Comité Central del PCUS, Gorbachov deberá aclarar dos meses después de suscribir el acuerdo con Yeltsin que sus planes de reforma económica no incluyen "la restauración del capitalismo". Todo ello en medio de un progresivo deterioro de la economía soviética.

Finalmente, los obstáculos a los intentos de reforma política y económica llevados a cabo por Gorbachov, en el marco de la Perestroika, también provienen de la vieja cuestión de las nacionalidades.

En un comienzo, tras la Revolución Bolchevique, los intentos por parte de Lenin de crear una Federación (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) que entregara una mayor autonomía a las mismas, aparecía como una medida positiva en relación al fuerte centralismo instituido en los siglos precedentes por la Rusia zarista. No obstante, en los años posteriores y ante los rigores de la Guerra Civil y el Comunismo de Guerra (1918-1921), el mismo Lenin, y sobre todo más tarde Stalin, clausuraron dicha fase liberalizadora y establecieron un rígido control central sobre las viejas y nuevas nacionalidades incorporadas a la URSS.

Es de entre estas últimas de donde han nacido los mayores brotes autonomistas, como es el caso, principalmente, de los países Bálticos (Lituania, Letonia y Estonia). En efecto, el 12 de marzo de 1990 Lituania declaró unilateralmente su independencia entrando en un claro conflicto con el Gobierno soviético. En ese mismo mes, los tres países bálticos forman un frente unido, reviviendo la antigua alianza política de 1934, años antes de haber sido anexada a la URSS por Stalin. Los conflictos se sucederán, uno tras otro, con el gobierno soviético, hasta culminar con los sangrientos hechos de enero de 1991 tras la represión desatada sobre los pueblos de Vilna, capital de Lituania, y Riga, capital de Letonia. Todo ello en medio de la Guerra del Golfo y cuando las potencias occidentales concentraban sus esfuerzos sobre Irak. Finalmente, aunque la última palabra no está dicha y el conflicto está lejos de ser resuelto, en un referéndum celebrado el 3 de marzo de 1991 los pueblos de Letonia

y Estonia aprobaron su independencia por una mayoría abrumadora.

Pero el conflicto no se agota en los países Bálticos. Es la propia Federación Rusa, bajo la presidencia de Boris Yeltsin, la que procede a declarar su independencia, desafiando a Gorbachov y al gobierno soviético. Así, el 8 de junio de 1990 el Parlamento ruso, por 544 contra 271 votos, aprueba una norma que señala que sus leyes tienen prioridad sobre la legislación soviética. Finalmente, el 12 del mismo mes, por 207 votos contra 12, el Parlamento ruso declara a la Federación Rusa como Estado Soberano.

El ejemplo de los países Bálticos y de la Federación Rusa producirá un efecto en cadena que llevará, en los próximos meses, a similares declaraciones de independencia por parte de Uzbekistán, Moldavia, Ucrania, Bielorrusia, Armenia y Turkmenia, y la mayoría de las 15 repúblicas que componen la URSS. Vanos resultarán los intentos por parte de Gorbachov de crear un consenso en torno a una nueva Unión que considerase la libre asociación de las Repúblicas soviéticas. El 24 de noviembre de 1990, ante el grave deterioro de su popularidad y las dificultades en llevar a cabo sus planes de reforma política y económica, sumado todo ello a las nuevas presiones de las Fuerzas Armadas —uno de los bastiones más conservadores del Estado soviético— Gorbachov advierte que la desintegración de la URSS llevaría a un “baño de sangre” y una “guerra civil”, e insiste en su proposición anterior de crear una nueva federación integrada por las repúblicas de la unión, la que sugiere sea sometida a un referéndum.

Este último tiene lugar el 17 de marzo de 1991 y se refiere a la siguiente pregunta: “¿Considera usted necesario preservar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como una renovada federación de repúblicas iguales, soberanas, en las que se garantizarán plenamente los derechos humanos y libertades de cualquier nacionalidad?”. Pese a que las repúblicas bálticas (Lituania, Letonia y Estonia), Moldavia, Georgia y Armenia se opusieron a dicho referéndum, Gorbachov logró una débil mayoría en 7 de las 15 repúblicas que componen la URSS: Ucrania, Bielorrusia, y Asia Central (Kazajistán, Uzbekistán, Tajikistán, Turkmenia y Kirguistán).

Como puede apreciarse, el plan de reestructuración (Perestroika) dado a conocer por Gorbachov en 1985, e implementado desde esa fecha en adelante, no ha estado ni está exento de dificultades. El grave deterioro económico, las presiones desde los sectores radicales y conservadores, las dificultades en consolidar su poder interno en el PCUS, el conflicto en torno a las nacionalidades, grupos étnicos y creencias religiosas expresados de las más diversas formas en las 15 repúblicas, junto a las propias limitaciones de la Perestroika, algunas de las cuales hemos señalado, aparecen como las principales y más visibles dificultades que Gorbachov debe enfrentar, en un proceso de suyo complejo y de desenlace aún incierto.

### *Los cambios en Europa del Este.*

Uno de los logros más notables, sin embargo, de la Perestroika, se refiere a los enormes cambios producidos en Europa del Este.<sup>14</sup> Aunque aquélla fuera concebida inicialmente para hacer frente a los cambios impostergables en la URSS, ha desatado un proceso de tal profundidad en los países del Este que no sólo ha desestructurado radicalmente el mundo del "socialismo real" sino que ha abierto un nuevo capítulo en las relaciones internacionales, con el fin de la Guerra Fría.

En efecto, en el curso de 1989 y comienzos de 1990, la mayoría de los países integrantes del Pacto de Varsovia han aprobado el pluralismo político desechando el monopolio del poder político por parte del Partido Comunista y avanzando hacia la realización de elecciones competitivas. Adicionalmente, los planes de liberalización política han ido acompañados de planes de liberalización económica tendientes al establecimiento de una economía de mercado. Finalmente, en la mayoría de los casos el Partido Comunista ha decidido cambiar de nombre, acercándose crecientemente a las denominaciones adoptadas desde siempre por los partidos socialistas de Europa Occidental. El término "socialdemocracia" empieza a resonar en los países del Este.

Así, en Polonia, el 31 de febrero de 1989 el Partido Obrero Unificado de Polonia (POUP) aprobó el multipartidismo, renunciando a su papel rector en la sociedad. El 4 de junio del mismo año se celebraron elecciones parlamentarias con un arrollador triunfo para Solidaridad, y en agosto asumió Tadeusz Mazowiecki como nuevo Jefe de Gobierno. Era la primera vez que la oposición pasaba a formar un gobierno en los países comunistas. Finalmente, el 29 de enero de 1990, en su IX Congreso, el POUP resolvió cambiar de nombre y se transformó en el Partido de la Democracia Socialista (PDS). El nuevo partido, de corte netamente occidental, renunció al centralismo democrático, al leninismo y a la dictadura del proletariado y se pronunció en favor de la democracia parlamentaria, el multipartidismo, el estado de derecho y la economía de mercado. Todo lo anterior, por 1.228 votos a favor, 32 en contra y 37 abstenciones.

En el curso de 1990 Polonia avanzó significativamente, aunque no exento de dificultades, en la doble dirección de la liberalización política y económica. Así, en las elecciones municipales del 29 de ma-

---

<sup>14</sup> Sobre el desarrollo del sistema comunista en dichos países, en el período de la postguerra, puede verse Teresa Rakowska-Harmstone (ed.), *Communism in Eastern Europe* (Indiana U. Press, Indiana, 1984). Dada la evolución reciente de este proceso, lo que sigue ha sido hecho principalmente a partir de información de prensa, nacional e internacional, y *The Economist*.

yo los Comités Cívicos de Solidaridad alcanzaron una abrumadora mayoría (aunque también debe destacarse el 58% de abstención electoral, lo que es consistente con el creciente clima de apatía que comienza a insinuarse en Europa del Este). Luego, en el mes de diciembre de 1990 Lech Walesa fue elegido Presidente de la República, en la segunda vuelta electoral. Culmina así una trayectoria ascendente, no exenta de retrocesos, que comenzara en las auspiciosas jornadas de 1979.

En el plano económico se da un nuevo impulso a los planes de liberalización. En junio de 1990 el Parlamento polaco aprueba sendas normas sobre privatización, acordando la transferencia a inversionistas privados del 80% de las fábricas estatales. El 27 de septiembre se pone en marcha dicho plan con la conversión de siete empresas estatales en sociedades anónimas. De esta manera, Polonia se encamina en la doble dirección del pluralismo político y la economía de mercado.

Hungría es, tal vez, junto con Checoslovaquia y la RDA, la que ha dado pasos más concretos en la dirección de la reforma política y económica. Así, el 12 de febrero de 1989 el Partido Obrero Socialista Húngaro (POSH) aprobó el multipartidismo y renunció a su papel rector en la sociedad, para luego, algunos meses más tarde, autodisolverse como partido, abandonando el marxismo-leninismo y abrazando la causa del socialismo democrático. En su reemplazo surgió el Partido Socialista de Hungría (PSH). En octubre de 1989 se aprobó la democracia parlamentaria, se legalizó la oposición y se declaró la República de Hungría. Finalmente, se aprobó la realización de elecciones competitivas para el 25 de marzo de 1990. En estas últimas, tras la segunda vuelta electoral, el PSH (excomunista) llegó sólo en cuarto lugar, obteniendo menos del 10% de la votación, detrás del Foro Democrático, la Alianza Demócratas Libres y el Partido de Pequeños Propietarios Independientes, marcando con ello una situación de franca declinación.

Aunque el Foro Democrático disminuiría su votación desde un 42%, en abril de 1990, a un 28% en las elecciones locales de octubre del mismo año (con una altísima abstención de un 63% en estas últimas), el proceso de liberalización política continuaría su marcha. El 16 de mayo de 1990 se forma el primer gobierno de la era postcomunista, eligiendo a Josef Antal (Foro Democrático) como Primer Ministro. En el mismo mes de mayo el PSH abandonaba el marxismo, adoptando una definición social-demócrata de tipo occidental. Finalmente, el 3 de agosto de 1990 el Parlamento húngaro procede a la elección de Arpad Goencz, escritor y ex-presó político, como nuevo Presidente de la República.

En Checoslovaquia, el 29 de noviembre de 1989, luego de varios meses de protesta y represión, el Parlamento, por la unanimidad de sus miembros, despojó al Partido Comunista de Checoslovaquia (PCCH) del monopolio del poder político. El 10 de diciembre del

mismo año se formó un nuevo gobierno —por primera vez con sólo una minoría comunista— encabezado por Marian Calfa (quien luego renunciaría al PCCH el 18 de enero de 1990, al mismo tiempo que Gustav Husak renunciaba a la Jefatura de Estado. El 28 de diciembre de 1989 Alexander Dubcek, ya plenamente rehabilitado, asumía como jefe del Parlamento checo y, al día siguiente, Vaclav Havel, un escritor disidente, pasaba a desempeñarse como nuevo Jefe de Estado. En febrero de 1990 el PCCH perdió, por primera vez en cuarenta años la mayoría parlamentaria. Finalmente el 11 de junio de 1990 el Foro Cívico triunfó en las elecciones parlamentarias con un 46% de la votación, frente a un 13% obtenido por el PC. Días antes de la elección Milos Gabres, junto a otros ex jefes del PC, era detenido por diversos delitos y acusaciones.

Los planes de liberalización económica también han recibido un impulso significativo en Checoslovaquia. Así, ya en abril de 1990 el Parlamento aprueba la propiedad privada y la inversión de capitales como parte del proceso hacia el establecimiento de una economía de mercado. El 24 de mayo se anuncian los planes sobre liberalización de precios y entre septiembre y noviembre se elaboran sendos proyectos, enmarcados en el plan global de privatización de la economía. En todo este proceso el liderazgo de Vaclav Havel, símbolo de la "Revolución del Terciopelo", aparece como uno de los elementos claves en los planes de democratización.

Por cierto que, en todo este proceso en Europa del Este, uno de los hitos más significativos está dado por los acontecimientos en la RDA. La caída del Muro de Berlín y el proceso de unificación de las dos Alemanias le dan una especial connotación a los intentos de liberalización política y económica en dicho país. En la RDA, el 9 de noviembre de 1989, luego de meses de protestas y represión, se abrió el Muro de Berlín, autorizando el paso a la RFA de alemanes del Este. El 13 de noviembre Hans Modrow fue elegido como nuevo Jefe de Gobierno mientras que Erick Honecker era arrestado algunos días después. El 21 de diciembre de 1989 las pantallas de televisión de todo el mundo mostraron las imágenes de la apertura del muro en el portón de Brandemburgo, en Berlín; algunos días atrás había tenido lugar una profunda reestructuración del Partido Socialista Unificado Alemán (SED). El 21 de enero de 1990 Egon Krenz, quien había sucedido a Erich Honecker en la dirección partidaria y dimitido como Jefe de Estado el 6 de diciembre, fue expulsado del partido. El 24 de febrero el SED optó por cambiarse de nombre, transformándose en el Partido del Socialismo Democrático (PSD) —este último se pronuncia en favor de la democracia pluralista parlamentaria—. Finalmente, el 18 de marzo de 1990 se realizan elecciones libres y competitivas con una resonante derrota para los comunistas. El triunfo fue para la conservadora Alianza para Alemania, encabezada por la democracia cristiana, con un 48,15% de los votos, seguida del Partido Social Demócrata con un 21,84%. Sólo en tercer

lugar llegó el Partido del Socialismo Democrático (excomunista), con un 16,33% de los votos.

El gran tema, en el curso de 1990, fue el de la unificación alemana.<sup>15</sup> Es así como el 9 de abril se forma una coalición de partidos, dirigida por el demócrata cristiano Lothar De Maiziere, para conducir a la RDA hacia la reunificación; tres días más tarde asume la primera administración no comunista dirigida por el mismo De Maiziere. En las elecciones municipales del 6 de mayo triunfan en la RDA la democracia cristiana (34%) y la social democracia (21%), mientras que el PSD (ex PC) es relegado a un tercer lugar, con un 14,6% de los votos. Finalmente, el 2 de julio de 1990 se verifica la unión monetaria entre las dos Alemanias, mientras que el 3 de octubre se realiza la unión política, poniendo fin a 45 años de partición entre ambas naciones, y casi 30 años desde que fuera levantado el Muro de Berlín. El 2 de diciembre de 1990 Helmut Kohl (PDC) obtiene una clara victoria en las primeras elecciones pangermánicas de la posguerra, lo que constituye un claro respaldo a su gestión en favor de la reunificación.

En cuanto a los países Balcánicos, el proceso de democratización ha tenido un ritmo más lento, con una presencia más dinámica del Partido Comunista. En estos países, junto con los conflictos de tipo ideológico hay que tener en cuenta las fuertes diferencias étnicas y la diversidad de nacionalidades y pueblos que coexisten en su seno, todo lo cual añade un elemento adicional de complejidad al proceso de reforma política y económica. Esta última, sin embargo, ha continuado su curso a pesar de los obstáculos ya mencionados.

De esta manera, en Bulgaria, el 13 de diciembre de 1989, luego de haber renunciado al poder un mes antes, el legendario líder estalinista Todor Shvkvov fue expulsado de las filas del Partido Comunista de Bulgaria (PCB). El 15 de enero de 1990 la Asamblea Nacional de dicho país eliminó el monopolio del poder político que había detentado el PCB por décadas. El 3 de febrero, luego de una purga al interior del partido que significó el alejamiento de los máximos exponentes de la vieja guardia estalinista, el Parlamento búlgaro eligió como primer ministro al comunista reformista, Andrei Lukanov. En las elecciones parlamentarias de junio de 1990 el Partido Socialista de Bulgaria (ex PC) triunfó con el 47% de los votos seguido de la Unión de Fuerzas Democráticas, la que obtuvo un 39% de la votación. Pese a ello, el 1 de agosto el Parlamento eligió al filósofo Zhelyer Zhelev como Presidente de la República, el primer Jefe de Estado no comunista en 40 años. Todo ello mientras Todor Shvkvov es sometido a proceso por apropiación indebida de fondos públicos y abuso de poder.

---

<sup>15</sup> Sobre el particular, ver Richard Von Weizsäcker y otros, *Alemania: un camino de unidad* (Goethe/Pehuén, Santiago, 1990).

En Rumania, cuando todo hacía presumir que sería la excepción al proceso que hemos descrito, el 22 de diciembre de 1989 Nicolae Ceausescu fue derrocado y posteriormente fusilado. Cuatro días después en un proceso que costó la vida a unas 65.000 personas, asumía como nuevo jefe de gobierno Ion Iliescu, quien anunció el fin del régimen comunista. El 29 de diciembre el Frente de Salvación Nacional (FSN) —que asumiera el control del poder a la caída de Ceausescu— anunció el paso al multipartidismo, la separación de poderes, la empresa privada, la libertad de prensa y la realización de elecciones libres para mayo de 1990.

De esta manera, el 20 de mayo de 1990 se celebraron las primeras elecciones libres en 50 años, las que arrojaron una abrumadora mayoría para el Frente de Salvación Nacional. Este obtuvo un 85% en las elecciones presidenciales (Ion Iliescu) y más de un 60% en las elecciones parlamentarias, tanto a nivel de la Asamblea Nacional como del Senado.

Rumania también ha impulsado la reforma económica con el anuncio por parte del Gobierno, en el mes de marzo de 1990, de una transición de 3 años a una economía de mercado, la que aspira a traspasar el 70% de las empresas estatales a manos privadas, y la aprobación por parte del Parlamento, el 1º de agosto de 1990, de una ley que da inicio al proceso de privatización, con el traspaso del 30% de las empresas estatales.

Finalmente, en Yugoslavia, el 22 de enero de 1990 la Liga de los Comunistas de Yugoslavia —que reúne a los partidos comunistas de las seis repúblicas que componen dicho país— en su XIV Congreso, renunció al monopolio del poder político, anunciando una ley que establece el multipartidismo. Un día después, sin embargo, los eslovenos —que abogan por la independencia de los partidos comunistas de las seis repúblicas y dos provincias que componen Yugoslavia— se retiraron del congreso partidario, con lo que prácticamente se puso fin a la Liga. En el caso yugoslavo, mientras los eslovenos y los croatas han optado por el multipartidismo, los serbios todavía se mantienen reticentes a seguir el mismo camino. Estos últimos aún permanecen como una excepción al proceso que hemos descrito, en la dirección de una democracia pluralista.

Ambos pueblos, eslovenos y croatas, han desafiado al gobierno federal, el que permanece en manos comunistas, y han optado claramente por la secesión. Es Eslovenia, de las repúblicas yugoslavas, la que más ha avanzado en el proceso de democratización. En abril de 1990, en las elecciones parlamentarias, la coalición de oposición no comunista, *Demos*, obtuvo un 55% de la votación, lo que le permitió formar el primer gobierno no comunista en 50 años, con la elección de Lojze Peterle (DC) como Primer Ministro.

Lo anterior no significa que el PC de Serbia no haya experimentado sus propios cambios internos. Después que en el mes de mayo de 1990, tras la interrupción de enero, el Congreso de la Liga Comu-

nista Yugoslava optara definitivamente por el multipartidismo, la Liga Comunista de Serbia procedió, el 16 de julio, a autodisolverse, pasando a llamarse Partido Socialista de Serbia, optando por el multipartidismo, la economía de mercado y un gobierno central más fuerte.

En junio de 1990 el Parlamento yugoslavo entró en funciones por primera vez en 45 años, lo que no impidió, sin embargo, la marcha del secesionismo proclamado por eslovenos y croatas. El 15 de noviembre de 1990, el Primer Ministro Yugoslavo, Ante Markovic, señalaba que el país hacía frente a la dictadura o la desintegración, a menos que se aprobaran las reformas liberalizadoras —una clara advertencia al comunismo Serbio—. Finalmente, en febrero de 1991, tanto los eslovenos como los croatas declaran su decisión de separarse del Estado Federado.

De esta manera, pues, los planes de reforma política y económica han encontrado un serio obstáculo, en el caso yugoslavo, en la existencia de rivalidades entre pueblos y etnias que no han logrado una solución federada tras la muerte del Mariscal Tito y el desplome del comunismo.

### *El difícil camino de la reforma.*

Por tratarse de un proceso aún en marcha, no es posible sacar conclusiones definitivas en relación a los cambios recientes en la URSS y Europa del Este. Ambos procesos, sin embargo, no son fácilmente equiparables. El intento de democratización en la URSS tiene lugar en un país que carece de una tradición democrática y que jamás ha conocido el pluralismo político. Tal vez con la excepción de la efímera instalación de la Duma (parlamento), en 1905, y el igualmente efímero gobierno provisional de Kerensky, entre febrero y octubre de 1917, la URSS no ha conocido el funcionamiento de una democracia pluralista. Lo que es claro, hoy por hoy, es que el PCUS ha optado por la renuncia al monopolio del poder político y que en la Unión Soviética se abre paso al pluralismo político y la economía de mercado.

En este sentido, el caso de Europa del Este es distinto. No es una mera coincidencia que el proceso de democratización en los países del Este tenga lugar junto con los primeros signos de reunificación del viejo continente. Europa, a diferencia de la URSS, sí tiene una tradición democrática y republicana —en algunos países más que en otros— y no es descabellado pensar que en los países de Europa del Este termine por imponerse algún tipo de democracia pluralista junto con el funcionamiento de una economía de mercado. Permanece, sin embargo, como una interrogante hacia el futuro si la izquierda de Europa del Este adoptará el modelo de sus géneros de occidente: la socialdemocracia.

Los cambios producidos tanto en la URSS como en Europa del Este, que hemos reseñado y analizado, con el trasfondo de la Perestroika y de Mijail Gorbachov, se ubican en el marco más amplio de las transiciones a la democracia que han tenido lugar en la última década y media en las más diversas latitudes en Europa meridional, el Sudeste Asiático, América Latina y más recientemente Europa del Este.<sup>16</sup>

En todos estos procesos aparece, de manera invariable, la importancia de la *reforma* en cuanto método de acción política. En nuestros días, en los diversos casos de transiciones a la democracia, tenemos que el desenlace de las experiencias autoritarias (incluidos los llamados "totalitarismos"), ha sido la reforma y no la revolución. A la inversa, podríamos argumentar que, históricamente, el desenlace casi inevitable de la revolución ha sido la dictadura y no la democracia, pero nos abstendremos de comentar sobre este último punto procurando concentrarnos, a modo de reflexión final, en el argumento anterior.

Hoy por hoy, y esto se hace especialmente patente en América Latina, se ha llegado a pensar que el verdadero dilema es aquél entre democracia y dictadura (incluidas las formas totalitarias), más que entre reforma o revolución.<sup>17</sup> Es más, aquélla es vista como el método de la democracia por excelencia.

Así, por lo demás, parecieran entenderlo diversos líderes, de regímenes de signo también diverso, en distintas latitudes. De esta manera, Frederick de Klerk, en Sudáfrica, ha optado por el método de la reforma, al igual que Carlos Salinas de Gortari en México. La seguidilla de transiciones a la democracia que hemos conocido en los últimos años nos habla de la modalidad de la reforma: los episodios más recientes en Nicaragua, con el traspaso del mando de Daniel Ortega a Violeta Chamorro, y en Chile, de Augusto Pinochet a Patricio Aylwin, son también expresión de esta tendencia.

Las dictaduras que se han desmoronado recientemente no han tenido un desenlace revolucionario sino democrático. Por lo demás, las que aún permanecen en pie como Cuba, Vietnam o Corea del Norte, ya no aparecen como la quintaesencia de la revolución, sino del conservadurismo más recalcitrante.

Es esta también la modalidad nacida paradójicamente de la revolución más paradigmática del siglo XX (la bolchevique), adaptada por Gorbachov; también el líder soviético parece haber entendido que es la reforma el método democrático por excelencia. Aun-

<sup>16</sup> El mejor estudio comparativo sobre dichos procesos de transición sigue siendo el de Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter, *Transitions from Authoritarian Rule* (The Johns Hopkins U. Press, Baltimore, 1986, 4 volúmenes).

<sup>17</sup> Un interesante artículo sobre el tema es el de Norbert Lechner, "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América Latina", en *Opciones* (6, mayo-agosto de 1985).

que defina a la Perestroika como una revolución (la revolución “desde arriba” o la “segunda” revolución), y en algún sentido lo es, el método utilizado por el líder soviético ha sido el de la reforma.

Puede que ésta carezca del carácter épico de la revolución y sea más lenta en sus resultados, pero también aparece, a la luz de la historia y de la experiencia comparada, como una mejor garantía de que el desenlace del actual proceso de cambios tanto en la URSS como en Europa del Este, puede llegar a ser el establecimiento de la democracia y no de otra forma de dictadura.

Por cierto que el método de la reforma no garantiza, por sí solo, el desenlace democrático, ya hemos sugerido que tampoco estos procesos de democratización son irreversibles. No lo fueron los llamados “totalitarismos” comunistas y tampoco lo son, necesariamente, los actuales procesos de democratización. Pero, a la luz de los recientes procesos de democratización tanto en América Latina como en el Sudeste Asiático y, últimamente, en Europa del Este, podemos decir que la reforma aparece, con mayor probabilidad, como el método que mejor garantiza el proceso hacia la consolidación democrática.

En segundo lugar, en el caso de Gorbachov, la Perestroika y los cambios en la URSS, por tratarse de cambios graduales en una dirección de democratización, tendientes por lo tanto hacia un mayor pluralismo político, la dinámica de la reforma requiere también del concurso de los principales interlocutores y actores involucrados en el proceso.

Todos ellos debieran comprender que las probabilidades de buen éxito del actual proceso de democratización están asociadas a la existencia de un marco de negociaciones y de concesiones recíprocas que imponen la renuncia a la acción unilateral y el reconocimiento de ciertos límites en un juego que involucra a múltiples actores, ninguno de los cuales puede aspirar a la victoria total.<sup>18</sup>

Así, por ejemplo, cuando Boris Yeltsin recurre a la acción unilateral y pretende la eliminación de Gorbachov como actor político, declarándole incluso la “guerra”, está desconociendo las reglas del juego y amenazando la viabilidad misma del proceso. De manera similar, cuando Vitautas Landsbergis, Presidente de Lituania, recurre a la acción unilateral de independencia —por mucha legitimidad que éste pueda tener, y de hecho la tiene—, incurre en un peligro similar. La política de hechos consumados impulsada por Landsbergis no está claro que favorezca a sus propias pretensiones independentistas; más bien puede revertir el proceso. Así, por lo demás, parecen haberlo entendido diversas potencias europeas y oc-

<sup>18</sup> Un muy interesante trabajo sobre el tipo de interacción que plantean las transiciones para los actores, es el de Edgardo Boeninger, *Governance and Development. Issues, Challenges, Opportunities and Constraints* (Abril de 1991, borrador no publicado).

cidentales (incluidas la administración Bush) y el propio Vaticano —cuya moderación, pragmatismo y comprensión por la lógica de la negociación, ha sido clave en los procesos de transición en Polonia y Europa del Este— los que han llamado al líder lituano a seguir un curso más pragmático. Este ha sido, por lo demás, la actitud de alguien como Anatoli Gorbunov, Presidente de la vecina Letonia, el que mantiene una buena relación con los dirigentes del Kremlin.

Las posibilidades de buen éxito de la Perestroika, pues, no dependen solamente de las buenas artes de Gorbachov, sino también de la buena y adecuada disposición de sus interlocutores.

Finalmente, de estas y otras experiencias recientes de democratización, pareciera insinuarse la necesidad de imprimir un cierto ritmo y una determinada secuencia a los cambios que sea consistente con el objetivo de democratización que se persigue. Junto, pues, con el criterio de gradualidad, que aparece como la quintaesencia de todo proceso de reforma, y la necesidad de que los actores se inserten en un juego de cooperación, renunciando, en la medida de lo posible y en cuanto sea necesario para asegurar la viabilidad del proceso democratizador, a la acción unilateral, es necesario plantearse adecuadamente en torno a la oportunidad y secuencia de los cambios.

En particular, nos referimos a los problemas que surgen de acometer simultáneamente las tareas de la reforma política y económica. La experiencia comparada pareciera indicar que, en los casos exitosos de consolidación democrática, por lo general la reforma económica ha precedido a la reforma política. Tal es el caso de los procesos más recientes en Europa Meridional, el Sudeste Asiático y América Latina. Así, los casos de España, Corea del Sur y Chile, respectivamente, generalmente señalados como casos exitosos, parecieran ser buenos ejemplos de esta tendencia. No es mera casualidad que dirigentes del PCUS se hayan referido recientemente a estos tres casos como ejemplos de buen éxito en materia de consolidación democrática. En una línea similar al proceso soviético puede mencionarse el caso mexicano.<sup>19</sup>

En el caso de los cambios en la URSS y Europa del Este, sin embargo, la dinámica misma de los hechos ha dificultado la introducción sucesiva de la reforma económica y política, en una línea liberalizadora. La profundidad de la crisis y el agotamiento del sistema, tanto económico como político, dieron cuenta de una suerte de desmoronamiento del *ancien regime*, lo que ha dificultado la introducción gradual de reformas sucesivas según el criterio señalado como deseable.

---

<sup>19</sup> Ver, sobre el caso mexicano, en una perspectiva comparativa con el proceso soviético, el artículo de Octavio Paz, *Modernidad, Tradición, Patrimonialismo* (El Mercurio, 25 de marzo de 1990, Cuerpo E.).

Lo anterior, a nuestro juicio, refuerza la necesidad de estarse a un juego de cooperación entre los actores, por muy legítimas que sean sus demandas y aspiraciones particulares —y, en este caso, la gran mayoría lo son—. La alternativa a Gorbachov y la Perestroika no es necesariamente un avance más rápido en materia de democratización, como lo quisieran Yeltsin, Landsbergis, Shatalin y Shevarnadze, entre otros, sino posiblemente una regresión autoritaria, como lo quisieran Ligachev, sectores de las Fuerzas Armadas y las demás expresiones del conservadurismo más recalcitrante. En este sentido, una inadecuada percepción por parte de los actores de las posibilidades y límites del actual proceso de democratización puede llevar a que la alternativa a Gorbachov no sea necesariamente más democracia, sino que, muy probablemente, menos democracia.